

Dossier

Débiles

*Eso de frágil / de débil /
de quebradizo / lo retendré en mí /
una línea de aire / preparando su luz*
Ana Arzoumanian

En una condición político-cultural en la que el poder de los “capacitados” y de los “normales” -y el poder es hoy ante todo normalización y capacitación, o más precisamente capacitación *como* normalización- opera una destrucción a gran escala que crece proporcionalmente a la capacidad y la capacitación; en una condición en la que los “normales” han logrado establecer su jerarquía de dominio mediante una implementación técnica de lo real, de todo lo real en cuanto estructura-de-mundo, la existencia de espacios refractarios a la normalización técnica de los seres humanos por la capacitación en la eficacia reviste una máxima importancia social. Un *otro* de esto, sometido por violencia, persecución, desaparición, segregación y por dolor; un otro intolerable y negado emerge y se multiplica entre nosotros, y abre una lucha tanto por presencia como por resistencias deliberadas, explícitas. No se trata de una lucha abstracta de conciencias -o no sólo-, sino de una puesta en juego de cuerpos, conductas, ideas, de la vida misma. Derribado el mito de la salvación revolucionaria, disipado todo sujeto -en sentido fuerte- de la historia, desvanecidas las esperanzas en un presunto potencial político hegemónico de los trabajadores; cuando todo aquello en lo que se había depositado la esperanza de transformación social ha sido absorbido con una evidencia contundente por la enajenación del deseo burgués; en un tiempo a la vez tanático y políticamente devastado (Foucault decía en 1984: “Hoy... es la primera vez que no hay sobre la tierra ni un solo punto desde donde pueda surgir la luz de una esperanza”), en este tiempo emerge un horizonte desarticulado y fragmentario de luchas sociales en acto: el mundo de los no-capacitados, de los a-normales, de los des-ocupados: presos, homosexuales, sordos, mudos, ciegos, enfermos, niños, viejos, locos, drogadictos, poetas, inmigrantes, jubilados, enanos, delincuentes, pobres. Los míseros, los castigados, los doloridos, los deficientes, los terminales.

Como escribió Maurice Blanchot “Habrá que esperar las revueltas nacidas en lo hondo... para que se abran perspectivas, para que desde los escombros broten, franqueen el silencio, las voces arruinadas”.

Los débiles son lo que son y como son, una positividad desnuda y no una falta. Un sordo no es un oyente que perdió el oído; ni un ciego es un vidente que dejó de ver. Tanto uno como el otro son ni más ni menos que eso que son. Sólo para una sociedad que ha establecido y fijado lo que es “normal” el ciego y el sordo son anormales. Pero ¿quién dictamina sobre lo que es o no es “normal”? Si Nietzsche y Artaud y Fichman estaban locos, ¿qué significa la locura? ¿quién establece lo que es un loco? ¿Alguien puede calificar a Hawking de anormal? ¿Los homosexuales y los drogados y los presos son anormales? O, a la inversa, ¿por qué son “normales” los banqueros y los policías?

Los “débiles” carecen de toda finalidad “política”; son aquello ante lo cual fracasa la política. Su propio ser es un ser evanescente, pero a la vez duro, inexpugnable: no se puede suprimir a los ciegos, por ejemplo. Un ciego es un ciego, un loco es un loco, así como un árbol es un árbol. Para ser no necesitan del reconocimiento, ni de la piedad ni del amor de eso “otro” que es el Sistema. Y, paradójicamente, son lo que permite la sobrevivencia de la humanidad. Sin los débiles la humanidad sólo sería una máquina de guerra.

Debemos saber que vivimos en un campo de exterminio, aunque esté oculto tras las ideologías y la propia estructura material del sistema. Debemos saberlo y decirlo, así como un pensador judío dijo que “la humanidad entera es una soha”. También Henri Michaux lo dijo en un único verso, que es un llamado y una súplica, “Mantén intacta tu debilidad”.

Es una meditación que comenzamos...